DISCURSO DEL ILMO. SR. D. FRANCISCO VARO, DECANO DE LA FACULTAD DE TEOLOGÍA DE LA UNIVERSIDAD DE NAVARRA

Magnífico Señor Rector,

Excelentísimo Señor Arzobispo de Pamplona,

Estimados participantes en este vigésimo tercer Simposio Internacional de Teología:

Vayan ante todo unas palabras de cordial saludo y bienvenida a esta Facultad de Teología que se honra con su presencia y participación en este Simposio Internacional que, organizado por nuestra Facultad en los comienzos del tiempo pascual, ya va teniendo cierta solera tras más de dos décadas de vida.

Simposio que, sin embargo, en esta edición tiene un carácter singular, pues se celebra en el año en que se cumple el Centenario del nacimiento del Beato Josemaría Escrivá, Fundador y primer Gran Canciller de la Universidad de Navarra, y verdadero Padre de esta Facultad de Teología. Efemérides que el Claustro de la Facultad tuvo presente al preparar este Simposio, y a la que se ha añadido la feliz circunstancia —no prevista cuando se comenzó a preparar este evento— del anuncio de la próxima canonización del Beato Josemaría, para la que, como saben bien, se ha fijado la fecha del próximo 6 de octubre.

El tema elegido como centro de nuestras reflexiones y debates científicos en estos días incide en una cuestión que el Beato Josemaría llevaba especialmente en su corazón, como es *El cristiano en el mundo*.

Parafraseando al Beato Josemaría, podríamos decir que el tema es «viejo como el Evangelio y como el Evangelio, nuevo». Está presente en el núcleo mismo del mensaje cristiano y de la misión encomendada por Jesús a sus discípulos, y sigue teniendo, hoy y ahora, una particular relevancia.

En efecto, el anuncio del mensaje Pascual es inseparable de la invitación a dirigirse al lugar donde se desenvuelve la actividad corrien-

te para encontrarse allí con Jesús Resucitado y trasmitir a los demás el gozo de ese hallazgo. Así lo escuchamos hace pocos días en la proclamación del Evangelio en la Vigilia Pascual:

> «El ángel tomó la palabra y les dijo a las mujeres:
>
> —Vosotras no tengáis miedo; ya sé que buscáis a Jesús, el crucificado. No está aquí, porque ha resucitado como había dicho. Venid a ver el sitio donde estaba puesto». E inmediatamente añade: «Marchad enseguida y decid a sus discípulos que ha resucitado de entre los muertos; irá delante de vosotros a Galilea —esto es, al lugar en donde vivían habitualmente—: allí lo veréis. Mirad que os lo he dicho.
>
> Ellas —sigue diciendo el Evangelio— partieron al instante del sepulcro con temor y una gran alegría, y corrieron a dar la noticia a los discípulos» (Mt 28, 5-8).

Tal vez aquellas mujeres hubiesen deseado disponer de un poco más de tiempo para quedarse allí, disfrutar del anuncio recibido, y detenerse a recordar, ahora a la luz del gozo pascual, los acontecimientos que habían vivido esos días en Jerusalén. Sin embargo, en la lógica de Dios no hay lugar para una contemplación gozosa pero inactiva del pasado, y las palabras del ángel empujan a mirar hacia adelante y ponerse en marcha.

La misma lógica de las palabras del ángel a aquellas mujeres que se asomaron al sepulcro, se expresa, con más fuerza, en las palabras que el Evangelio de Mateo pone como último mensaje en boca de Jesús, dirigido a los Apóstoles:

> «Id, pues, y haced discípulos a todos los pueblos, bautizándolos en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo; y enseñándoles a guardar todo cuanto os he mandado. Y sabed que yo estoy con vosotros todos los días hasta el fin del mundo» (Mt 28, 19-20).

Son palabras que no incitan a la añoranza pasiva del recuerdo sino que impulsan a afrontar con fe el futuro.

Los protagonistas de esa gran aventura que fue la expansión de la Iglesia primitiva fueron, junto al Espíritu Santo, hombres y mujeres corrientes que encontraron a Jesucristo, y que fueron removiendo con el potencial transformador de la fe cristiana la sociedad y la cultura en la que habían nacido y donde se desenvolvía su existencia. El libro de los Hechos de los Apóstoles enumera ya en esos primeros momentos a un ministro etíope, a un centurión romano afincado en Cesarea, una teñidora de púrpura originaria de Tiatira, a un carcelero de Filipos, o a un matrimonio procedente de Roma que se ganaba el sustento con un oficio manual, el mismo que tuvo Pablo de Tarso: tejedores de lona.

Un escrito cristiano de los primeros siglos, el *Discurso a Diogneto*, describe con sencillez el tenor de vida de los cristianos en el mundo: «Los cristianos, en efecto, no se distinguen de los demás hombres ni por su tierra, ni por su habla, ni por sus costumbres. Porque ni habitan en ciudades exclusivas suyas, ni hablan una lengua extraña, ni llevan un género de vida aparte de los demás» (5, 1-2), para terminar concluyendo que «lo que es el alma en el cuerpo, eso son los cristianos en el mundo» (6, 1).

En los escritos de los Padres de la Iglesia, la predicación del Evangelio aparece íntimamente entrelazada con el compromiso de que la fe recibida se transparente en el trato cotidiano con todos los hombres y en la construcción de la convivencia social.

> «Cristo —escribía San Juan Crisóstomo— nos ha dejado para que fuésemos como lámparas; (...) No sería necesario abrir la boca, si nuestra vida resplandeciera de esta manera. Sobrarían las palabras, si mostrásemos las obras. No habría un solo pagano, si nosotros fuéramos verdaderamente cristianos» (*In Epistolam I ad Timotheum homiliae*, 10, 3, citado en *Amigos de Dios*, 60).

Afianzando sus raíces en el suelo fértil del más genuino sentido cristiano, el Beato Josemaría vio claramente desde 1928, y no sin una especial luz de Dios, la urgencia de profundizar y hacer vida, para bien de la entera humanidad, el potencial transformador del mundo que encierra el Evangelio. «Es la fe en Cristo, muerto y resucitado, presente en todos y cada uno de los momentos de la vida —son palabras suyas—, la que ilumina nuestras conciencias, incitándonos a participar con todas las fuerzas en las vicisitudes y en los problemas de la historia humana. En esa historia, que se inició con la creación del mundo y que terminará con la consumación de los siglos, el cristiano no es un apátrida. Es un ciudadano de la ciudad de los hombres, con el alma llena del deseo de Dios» (*Es Cristo que pasa*, 99).

Las condiciones de vida en la sociedad contemporánea plantean de continuo nuevos retos al pensamiento y al corazón del cristiano. «Los gozos y las esperanzas, las tristezas y las angustias de los hombres de nuestro tiempo, sobre todo de los pobres y de cuantos sufren —diría con palabras memorables el Concilio Vaticano II—, son a la vez gozos y esperanzas, tristezas y angustias de los discípulos de Cristo. Nada hay verdaderamente humano que no encuentre eco en su corazón» (*Gaudium et spes*, 1).

No cabe duda de que el Espíritu Santo ha suscitado con su acción vivificadora un gran movimiento de renovación a la luz del Concilio Vaticano II, y como señalaba el Beato Josemaría, del que estamos celebrando el Centenario, «leyendo los decretos del Concilio Vaticano II

se ve claramente que parte importante de esa renovación ha sido precisamente la revaloración del trabajo ordinario y de la dignidad de la vocación del cristiano que vive y trabaja en el mundo» (*Conversaciones con Mons. Escrivá de Balaguer*, 55).

Se acaban de cumplir cien años desde que nació el Beato Josemaría. Un hito en el decurso del tiempo que podría invitar a detenerse, mirar para atrás, estudiar su predicación y el testimonio de su vida. Pero pienso que limitarse a eso constituiría un homenaje que no sería plenamente coherente con el tenor de su comportamiento. Al contrario, estoy seguro de que, hoy y ahora, lo que verdaderamente espera de nosotros, tanto en estos días del Simposio como en el trabajo ordinario de la Facultad, es que mantengamos como él la actitud testimoniada por el Evangelio.

No es tiempo de una contemplación gozosa pero inoperante del pasado, sino de escrutar con mirada de fe el presente, hacernos cargo de la situación actual, y, apoyados en la enseñanza de Jesucristo, en el tenor de vida de los primeros cristianos y en la enseñanza y el testimonio del Beato Josemaría, trabajar, codo a codo con nuestros conciudadanos, en la construcción de una sociedad más humana y más justa para el futuro, creando espacios de apertura a la trascendencia y al encuentro personal con Dios a las mujeres y hombres del tercer milenio.

Querríamos secundar el impulso de Juan Pablo II que, en su Exhortación Apostólica *Al comienzo del nuevo milenio,* invitaba a contemplar los acontecimientos del cambio de siglo «no sólo como memoria del pasado, sino como profecía del futuro. Es preciso ahora —concreta— aprovechar el tesoro de gracia recibida, traduciéndola en fervientes propósitos y en líneas de acción concretas» (n. 3).

Muchos aspectos de la vida de un cristiano en el mundo adquieren una luz nueva a partir de la fe cristiana. «Pensad, por ejemplo —decía el Beato Josemaría en una Homilía pronunciada aquí, en el *campus* de la Universidad de Navarra—, en vuestra actuación como ciudadanos en la vida civil. Un hombre sabedor de que el mundo —y no sólo el templo— es el lugar de su encuentro con Cristo, ama ese mundo, procura adquirir una buena preparación intelectual y profesional, va formando —con plena libertad— sus propios criterios sobre los problemas del medio en que se desenvuelve; y toma, en consecuencia, sus propias decisiones que, por ser decisiones de un cristiano, proceden además de una reflexión personal, que intenta humildemente captar la voluntad de Dios en esos detalles pequeños y grandes de la vida» (*Conversaciones con Mons. Escrivá de Balaguer*, 116).

El mundo en que vivimos presenta con urgencia lacerante grandes retos a la humanidad. Basta rememorar los trágicos acontecimien-

tos del pasado 11 de septiembre en Estados Unidos, las no menos trágicas consecuencias de la guerra en Afganistán, la sistemática e indiscriminada siembra de terror en Tierra Santa, de la que estos días nos llegan noticias, la urgente necesidad de una reflexión profunda y valiente por parte de todos para conseguir una paz definitiva en nuestra tierra, los desafíos que el progreso de las técnicas biomédicas plantean cada día a la ética, el desprecio de los derechos humanos en muchos que deberían salvaguardarlos en el mundo, la senda por la que camina una sociedad que, cegada por conservar lo que en el fondo es egoísmo individualista, está socavando los fundamentos de su propia subsistencia al no respetar la vida humana cuando es más débil, ni defender la familia.

Ante estas cuestiones —y muchas otras— que hoy afectan a todos en el mundo, los cristianos tenemos algo que aportar. Como los Apóstoles y las primeras generaciones de cristianos tuvieron algo que aportar en su tiempo, con sosiego, con paz, sin arrogancia, pero sin concesiones a la inhibición ni a la cobardía.

Jesucristo ha resucitado y está vivo. No se desentiende de los avatares de la historia humana y cuenta con cada cristiano para hacerse presente en todos los rincones del mundo. «¡Siempre Cristo, que pasa! —clamaba el Beato Josemaría— Cristo, que sigue pasando por las calles y por las plazas del mundo, a través de sus discípulos, los cristianos» (*Es Cristo que pasa*, 71).

Así quiso llamar el Beato Josemaría a una de sus obras: *Es Cristo que pasa*. «Cristo que pasa» es el cristiano en el mundo que, con su palabra y con su vida, da testimonio de que Cristo vive y camina entre los hombres.

El cristiano en el mundo. Este es el tema que nos ha reunido aquí en estos días. Un marco de reflexión ilusionante, capaz de suscitar desde la fe cristiana un pensamiento audaz que pueda encontrar eco entre nuestros conciudadanos.

Pero no es mi tarea desarrollar ahora estas cuestiones, sino dar la bienvenida a todos en nombre de la Facultad de Teología, con el deseo de que la fresca primavera de Navarra favorezca y haga gratos estos días de encuentro, bullir de ideas y compartir una fe operativa.